

Vol. 11, No. 1, Fall 2013, 234-257

***Caamaño. La última esperanza armada:
Una subjetividad testimonial en proceso***

Magdalena López

Universidad de Lisboa

Un testimonio guerrillero a principios de siglo XXI

Institucionalizado a partir de 1966 con la *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet, el género del testimonio alcanzó su clímax en los años 70 y 80 en el contexto de las luchas de insurgencia centroamericanas. Según John Beverley, uno de los teóricos principales sobre el género, tres aspectos resultaban claves para definirlo: la urgencia por comunicar o denunciar una experiencia de subalternidad, el punto de vista del autor-narrador siempre debía ser periférico o marginal es decir, “desde abajo”, y el hecho de que aunque no tuviese una intención política explícita “siempre implica[ba] un reto al statu quo de una sociedad dada” (“Anatomía” 9). El testimonio así, vino a erigirse como una propuesta cultural que rechazaba la anulación de la política anunciada desde cierto postmodernismo. No es intención de este ensayo volver sobre las amplias polémicas que suscitó el género en académicos como Hugo Achugar, Marc Zimmerman, Ileana Rodríguez, David Stoll, George Yúdice, Jorge Narváez, Juan Duchesne o el ya

mencionado Beverley sino enfatizar que el mismo correspondió a momentos de grandes expectativas políticas. El carácter “democratizador” del testimonio se sustentó en su intersticialidad entre una cultura letrada progresista y otra popular o subalterna que apuntaba a una recuperación de lo épico:

Si para Luckács la novela burguesa nace de la desaparición de la posibilidad de narración épica en un “mundo desalmado”, el testimonio exhibe una especie de epicidad cotidiana. El narrador testimonial recupera su función metonímica del héroe épico, su representatividad, sin asumir sus características jerárquicas o patriarcales. Interpela al lector como alguien que comparte o simpatiza con su situación: es decir, como también un igual, un *compañero* (Beverley, “Anatomía” 11).

Dentro del amplio espectro que dio cuenta de una épica colectiva están los testimonios guerrilleros hoy en día canónicos como *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1972) de Ernesto “Che” Guevara y *La montaña no es más que una inmensa estepa verde* (1982) de Omar Cabezas. El decaimiento del testimonio en los años noventa corresponde al momento de derrota de los proyectos de izquierda en El Salvador, Guatemala e incluso en Nicaragua con los resultados electorales. Es decir, el testimonio parece perder vigencia con la pérdida de esa “epicidad colectiva”. Actualmente, en Centroamérica se habla de una “estética del cinismo”, de una “estética de la violencia” o de “narrativas de posguerra” para definir una narrativa post-utópica que se repliega sobre subjetividades burguesas. La operación metonímica en la que la voz del protagonista del testimonio refería la de una colectividad subalternizada parece haberse disuelto.

Paralelamente ha surgido en las últimas décadas, toda una ola crítica de antiguos simpatizantes o militantes guerrilleros como los nicaragüenses Gioconda Belli y Sergio Ramírez, las argentinas Beatriz Sarlo y Pilar Calveiro, el mexicano Jorge Castañeda y el guatemalteco Mario Roberto Morales, que apunta a una revisión de los problemas y errores de la lucha armada. Dicha ola parece reafirmar cierto desencanto tras el neoliberalismo que se impuso en buena parte de la región a finales de siglo. Sin embargo, más recientemente, Beverley vuelve sobre el tema desde otro ángulo. En un artículo de 2009, apelaba por una reivindicación del impulso utópico que animó las guerrillas latinoamericanas al tiempo que

denunciaba un “paradigma de la desilusión de la lucha armada” (“Repensando” 175). El paradigma en cuestión llevaría a ciertos intelectuales a una posición neoconservadora en la que el pasado guerrillero se expresa como “una culpa residual que deviene en aceptación de, o identificación con, los poderes existentes” (“Repensando” 175). Beverley no duda en identificar en esta posición neoconservadora una filiación que él ya había establecido en décadas anteriores entre el testimonio y la picaresca¹. El “guerrillero arrepentido” vendría a ser como el protagonista del *Guzmán de Alfarache* que termina integrándose al status quo una vez que llega a su madurez y reniega de su vida pasada (“Repensando” 166).

Dentro de este amplio panorama sobre los debates que atañen al testimonio, ¿qué sugeriría la publicación de Manuel Matos Moquete *Caamaño. La última esperanza armada* en el año 2000 y sus subsecuentes ediciones? La República Dominicana representa un caso anómalo dentro del contexto latinoamericano dada la prolongada permanencia de la ciudad letrada trujillista a lo largo del siglo XX. La posibilidad de su derrumbe en aras de la reconfiguración de nuevos imaginarios y actores políticos, quedó truncada con la derrota de los constitucionalistas en 1965 y la llegada al poder de quien fuese un ideólogo y personero de la dictadura trujillista. Habiendo gobernado el país durante 22 de los 35 años que mediaron entre 1965 y el final de siglo, Joaquín Balaguer se aseguró de que la concepción de una República Dominicana hispanista y antihaitiana se mantuviese prácticamente inmutable. No es sino hacia mediados de los años ochenta y sobre todo a lo largo de los años noventa que este paradigma comienza a resquebrajarse. La crisis económica, las políticas neoliberales, la ancianidad del mismo Balaguer, el fenómeno de la diáspora y la posibilidad de un recambio de los líderes políticos van a producir, por un lado, una actitud defensiva de la vieja ciudad letrada² y por el otro, una apertura cultural hacia todo aquello que había sido eludido por ésta: la diversidad étnica y sexual, las identidades diaspóricas, la importancia de la cultura

¹ En su libro *Del Lazarillo al Sandinismo: El espacio ideológico de la literatura española e hispanoamericana* de 1987.

² Ello se refleja en libros como *El ocaso de la Nación Dominicana* de Manuel Núñez publicado en 1990 y reeditado en 2001 en el que elabora la defensa de una supuesta nación dominicana originaria.

popular y masmediática, entre otros elementos. Pero la crisis económica y cultural de finales de siglo también produciría una suerte de ajuste de cuentas histórico pendiente desde las décadas del sesenta y setenta y, si quisiéramos llegar aún más lejos, desde los años treinta, momento de entronización de la dictadura.

La visión de una historia dominicana habitada por una “sucesión de rupturas”, de vacíos, resulta la preocupación central del narrador de *Caamaño* (37). Esta sería la razón que habría conminado al autor a la escritura del relato. En el capítulo inicial, el testimonio se ofrece como la “catarsis” de un trauma varias veces repetido (15): el aislamiento de algunas generaciones. El borramiento de la historia oficial conllevó a que la generación de los años 60 ignorara a la de los 30 y luego, durante las últimas décadas habría ocurrido lo mismo respecto a la de los años 60 (12). De allí que *Caamaño* intente tender un puente entre estas dos últimas. Lo catártico aducido resulta, psicoanalíticamente, una liberación de lo reprimido a través de la escritura. Al recordar la experiencia guerrillera, el narrador vuelve sobre los vacíos históricos combatiendo interrupciones. Éstas obedecen principalmente a tres causas: 1. La continuidad ideológica del trujillismo a lo largo del siglo XX, ya expuesta; 2. El auto-silenciamiento de la izquierda dominicana debido a su derrota, y 3. Una subjetividad para la cual lo vivido no había sido articulado como experiencia antes de la escritura del testimonio.

Sobre la primera causa habría que resaltar que *Caamaño* viene a cumplir en un sentido general, las funciones del género testimonial al ofrecernos una voz subalternizada: la de una izquierda derrotada y excluida de los discursos nacionales a partir de la intervención estadounidense de 1965 y los consecuentes regímenes autoritarios de Balaguer. El libro se ubica en circunstancias históricas muy particulares porque lo que la globalización y el neoliberalismo vienen a contrarrestar no son los anhelos utópicos de toda una generación de izquierda como ocurrió en casi todo el resto de América latina, sino un modelo hegemónico político-cultural preciso: el de un arielismo hispanista contra el que aquella generación había luchado. Ello explicaría el por qué, Manuel Núñez, uno de los mayores defensores actuales de aquel modelo, arremeta por igual contra el

marxismo y el neoliberalismo (439). Es precisamente la puesta en crisis del paradigma jerárquico y conservador de la nación, la que explicaría en buena medida el surgimiento de *Caamaño*, así como todo un conjunto de escrituras ficcionales y expresiones artísticas fuera de la ciudad letrada durante la última década³. De entre los varios vacíos de la historia oficial, se encuentra el período de los 12 años de Balaguer. Al momento de las revisiones historicistas, la dictadura de Trujillo parece obnubilar la terrible represión que también tuvo lugar entre 1966 y 1978, y que puso punto final a las contadas esperanzas de cambio que habían sobrevivido a la derrota de los constitucionalistas⁴. Dentro de este período oscuro, los años de preparación de una guerrilla rural al mando de Francisco Caamaño en Cuba, resultan aún más desconocidos.

Respecto a la segunda causa de los vacíos históricos dominicanos, habría que agregar que si la historiografía oficial se hizo cargo de eludir la experiencia guerrillera, en *Caamaño* se denuncia que la misma izquierda que participó o simpatizó con ella se comportó de manera similar. Este hecho paradójico obedecería a dos razones. La primera estaría relacionada al extremo secretismo que funcionarios cubanos y la misma élite guerrillera impusieron como una necesidad estratégica de lucha en aquellos años. Una vez que Caamaño abandonó su cargo diplomático en Londres para irse clandestinamente a Cuba, prácticamente desapareció del panorama político de la isla hasta su muerte en 1973. Lo mismo sucedió con varios integrantes de su escuadra, entre los que se cuenta el mismo narrador-protagonista, quien repetidamente expresa su incomunicación ya no sólo en relación a familiares y amigos sino también frente a otros grupos de resistencia tanto en la República Dominicana como en Cuba. La narración muestra cómo la clandestinidad terminó convirtiéndose en una desventaja política que distanció a los guerrilleros de sus posibles bases de apoyo. El aislamiento además, provocaría una lectura distorsionada de la realidad nacional que haría creer a Caamaño que las condiciones de su país al momento de su desembarco seguían siendo las mismas que las de la Revolución de Abril.

³ Me refiero a obras de autores y artistas como Junot Díaz, León Félix Batista, Aurora Arias, Rita Indiana Hernández, Juan Dicient, Pastor de Moya, Josefina Báez y Rey Andújar.

⁴ Una excepción reciente es el video musical “El juidero” de Rita Indiana Hernández en el que se hace alusión a la violencia de ese período.

La segunda razón de la autoinvisibilización de la experiencia guerrillera, tendría que ver con el modo en que se asumió su derrota. Algo a lo que se alude varias veces en el texto:

La desintegración del contingente de Caamaño en Cuba es también un secreto que muchos de los que hoy están por las calles conocen. Hubo responsables y víctimas en ese exilio cubano; dominicanos fueron a la cárcel y hubo también muerte (...)
En nombre de nuestro pueblo y de la misión pública de Caamaño, hay que levantar el tabú, el secreto y contar... (15)

Contar, narrar, se vuelve así una operación catártica ya no sólo contra el borramiento oficial sino contra el propio tabú de la izquierda. La intención del autor sería la de recuperar una memoria del fracaso que no entrañe la conciencia culposa que denunciaba Beverley. Ello va suponer una divergencia frente a la “epicidad” del género testimonial y, al mismo tiempo, una reivindicación del impulso utópico:

Se piensa que hemos sido la juventud del sacrificio en vano, de la causa vencida. Se tienden las miradas hacia atrás con el sentimiento del error y del tiempo perdido. Lástima ver cómo hombres y mujeres se avergüenzan de sus mitos, de sus sueños, de sus pasiones. Hombres y mujeres que dieron sentido epopéyico a la expresión “juventud divino tesoro”, hoy reniegan de sus gestas; las estigmatizan, las esconden como un pasado vergonzoso. (11)

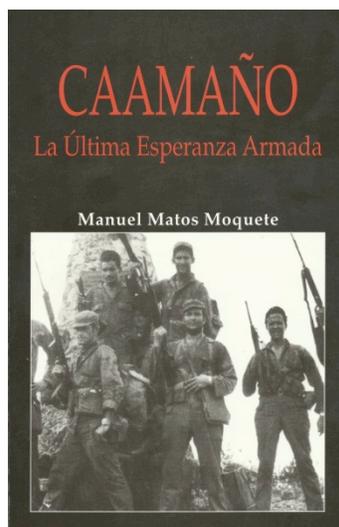
Y más adelante agrega: “Seamos hijos e hijas de nuestro tiempo con la responsabilidad de Musset frente al suyo: la derrota de los ideales originales de la Revolución Francesa no le hizo claudicar ante Louis Philippe y Napoleón III” (13). Sin arrepentimientos, se arguye la importancia de una experiencia que ya no estaría sustentada en un sentido épico.

Por último, la tercera causa de los vacíos históricos que se denuncian tiene que ver con una experiencia guerrillera que no había sido sometida a la *narración* por parte de Manuel Matos Moquete. Paul Ricoeur arguye que no hay comprensión que no esté mediatizada (*Oneself* 15). La *narración* sería equivalente a un proceso de agenciamiento personal que, por medio de la escritura, alumbró algo que no había sido interpretado. A lo largo de *Time and Narrative*, Ricoeur mantiene que en toda *narración* se logra articular la experiencia humana. La *narración*, incluida la histórica, la vuelve inteligible dando lugar a la conciencia. *Caamaño* implicaría

entonces, una escritura que además de solventar los vacíos de la historia, repolitiza la voz narradora frente a su propia experiencia. La escritura testimonial no supondría tanto una recolección de sucesos reprimidos como la transformación de una subjetividad que va a rebasar los límites de lo narrado. Deseo identificar esta transformación con la adquisición de una libertad crítica que no es posible dentro de la militancia política que se nos relata. Como si el fracaso de la lucha encontrase en su *narración*, en el presente de su acción interpretativa; esa libertad que paradójicamente no fue posible en lo narrado.

Metonimias y épicas dudosas

Desde la portada del libro se nos anuncia una narrativa hagiográfica que se ve reforzada por el título que hace referencia al héroe constitucional. La fotografía retrata un pequeño grupo de guerrilleros que en su mayoría participaron en el desembarco trágico de Playa Caracoles de 1973. El centro es ocupado por Caamaño, reforzándose así su protagonismo aludido en el título. En la imagen, el líder está rodeado por otros guerrilleros que, aunque no llegan a ser 1—como en la iconografía religiosa o en los imaginarios del foquismo—apuntan el aspecto heroico y martiroológico del personaje. Los fusiles dirigidos hacia el cielo en un contexto rural—la “montaña” por oposición a la ciudad—refuerzan la pureza y el idealismo propios de la iconografía revolucionaria tradicional.



Veremos, sin embargo, que esta presentación no se ajusta con precisión a lo narrado en el testimonio. La vida que se cuenta, no es realmente la de Caamaño sino la de Manuel Matos Moquete, quien no aparece ni en la foto de la portada, ni en su título. Título y portada desestabilizan las certidumbres de un narrador-protagonista. Un hecho que parece obedecer a las dificultades que tendrá la subjetividad del narrador por ganar una voz propia.

Igual desestabilización parece tener lugar en el carácter épico que se anuncia en la fotografía del testimonio guerrillero. Si, como establecía Beverley, el protagonista recuperaba la función metonímica del héroe pre-moderno sin sus rasgos patriarcales; ni el narrador, ni Caamaño se ajustarán a este modelo. El primero porque prescinde de una perspectiva épica y el segundo porque no renunciará a una visión jerárquica de la lucha, según se nos relata a lo largo del texto. La autoridad heroica de Caamaño va a determinar la subordinación del protagonista. Ciertamente, el carácter democratizador del testimonio, su posicionamiento “desde abajo” podría corresponderse al de la voz narradora. Pero su absoluta obediencia frente a Caamaño haría imposible cualquier investidura épica. En otras palabras, lo heroico en esta narración pareciera resultar una forma de hegemonía. Esto nos lleva al asunto de la función metonímica del sujeto testimoniante. Un aspecto que resulta altamente complejo en este libro y que resumiremos como una oscilación entre la imposibilidad de conciliar la subjetividad individual con una comunidad y, el imperativo representacional de dar cuenta de toda una generación de izquierda a partir de una experiencia que ya no pretende ser ejemplarizante, aunque sí invaluable. A pesar de que el libro lleva por título el nombre del líder constitucionalista, el testimonio pretende abarcar un conjunto de personas buscando enfatizar un sentido colectivo que va más allá del protagonismo individual que se nos anuncia en la portada: “Aquí hablo de personas, en plural, y no sólo de Caamaño. Otros hombres y mujeres fueron también agentes de esa historia, y sin éstos el eximio héroe no podrá contar con su pedestal. Por eso, y contra la historia monumental, incluyo aquí briznas de acción de otros protagonistas de la época” (14). Hay pues, una intención de reivindicar todo un colectivo prácticamente anónimo que fue partícipe de la experiencia guerrillera y que

resultaría obnubilado tanto por los silencios oficiales y de la propia izquierda ya expuestos, como por la misma centralidad de Caamaño. Tal actitud se revela a lo largo de los muchísimos párrafos en que se mencionan e incluso se caracterizan diversas individualidades con nombre, apellido o apodo; en las cuantiosas elegías que ofrece el texto a sus compañeros muertos y; en el soporte fotográfico insertado a largo del libro con varios rostros debidamente identificados. Este testimonio muestra, así, un esfuerzo consciente por registrar la mayor cantidad posible de personas que integraron su historia, aún aquellas con las que el protagonista no llega a interactuar.

A fin de legitimarse, el narrador se distancia de una visión historicista para abrazar lo que él llama “una versión subjetiva” como testigo y partícipe de los hechos que narra: “He querido dar al relato de los acontecimientos de mi generación no una visión documental, sino testimonial. Yo fui parte de esos hechos y de los personajes que los protagonizaron, y aquí sólo doy mi versión subjetiva” (14). Este posicionamiento está en sintonía con los testimonios latinoamericanos de izquierda precedentes, ya que no se trata simplemente de cifrar la legitimidad en un valor indicial, sino de negar una perspectiva de la historia enclavada en una noción de objetividad o de pretensión de verdad positivista:

Mucho menos se busque encontrar aquí objetividad; al menos prometemos sinceridad en nuestro testimonio. Porque, en definitiva, no existe frontera entre realidad y ficción, entre el relato histórico y la narración literaria o simplemente libre. Por eso, en este libro, mi relato no va hacia los acontecimientos que todos pueden aprender en las crónicas que cada día se publican. (15)

Si, como aduce Ricoeur, tanto la historia como la ficción suponen mimesis creativas aunque difieran de los componentes referenciales (*Time* 180-192); el testimonio de Matos Moquete reclama la misma legitimidad de aquellos documentos o textos de los que prefiere prescindir⁵. Una revalorización de la subjetividad como herramienta hermenéutica para leer la historia oculta, es lo que le va a permitir a Matos Moquete romper con el determinismo valorativo de la palabra fracaso:

⁵ Hay apenas un par de excepciones en las que se hace referencia a otras versiones escritas sobre hechos específicos.

Yo no la veo [a la militancia de izquierda] como un fracaso estricto, sino como varios aportes que dejamos. No veo que el triunfo sea llegar al poder. Logramos cosas, aunque no llegamos a tomar el poder. No es un fracaso total, es un proceso más complejo en que una generación logró ciertas cosas (...) Mi generación es la de la libertad. Nos tocó hacernos cargo del país luego de la muerte de Trujillo, abrimos los espacios que todavía hoy existen: sindicatos, universidades, organización política. (López)

El testimonio se formula así como una continuidad—por oposición a los vacíos e interrupciones de la historia—entre la lucha guerrillera y el presente desde el que se narra. Con tal continuidad, el fracaso se resignifica y los ideales de toda una generación no se desechan. El testimonio entonces, se ofrece como una operación de afirmación distinta y al mismo tiempo consecuente con el pasado que se rescribe.

La narración de un “yo-crítico en proceso”

Juan Duchesne propone que los testimonios guerrilleros dan cuenta de un “sujeto épico de nuevo tipo”:

Lukács ha dicho que el carácter propio de la narrativa, “grande” o antigua, es el yo empírico del hombre. Pero su análisis designa un *ser-empírico* que se precipita hacia el pasado, como deber-ser de ejemplaridad irrescatable. La narrativa guerrillera en cambio, proporciona un *yo-empírico en proceso*, proyectándose como ejemplaridad heroica por saber. *Su carácter es el yo-empírico que va creando nuevas categorías de objetividad del mundo a medida que actúa y crea un nuevo universo moral, una nueva subjetividad.* No es el sujeto previamente categorizado de una tradición sedimentada en las centurias, sino actor testificante de una versión factual e inmediata de sus acciones, valorada por su inmediatez y veracidad, antes que por su autoridad tradicionalista. (cursivas mías 104)

Duchesne coincide con el carácter democratizador que Beverley le adjudica al testimonio⁶. Sin embargo, como expusimos líneas arriba, la épica ya no resulta propia de la voz narradora subalterna en *Caamaño*. Por otro lado, también se ha perdido el sentido de inmediatez de lo narrado. En este sentido el texto se acercaría más a la lógica de la picaresca o de la autobiografía. Sin embargo, es sugestivo conservar la idea de que la voz testimoniante no representa una subjetividad acabada sino *en proceso*. Con base en la definición de Duchesne de un “yo-empírico en proceso”,

⁶ “La heroicidad guerrillera es democrática” (Duchesne 125)

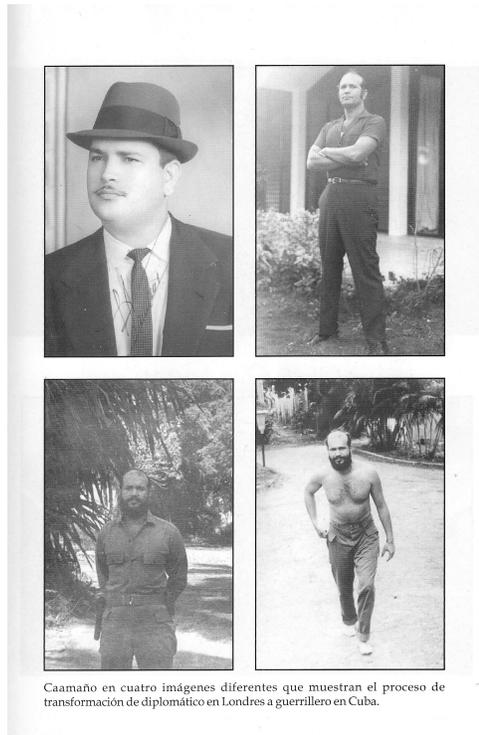
propongo la de un *yo-crítico en proceso* que, mediante la *narración* de la praxis revolucionaria va creando nuevas formas de aprehensión de la experiencia para dar lugar a una nueva subjetividad liberada de lo heroico desde una asunción de la derrota sin victimismos maniqueos. La *narración* funcionaría entonces, como el ejercicio de una libertad sartreana; una libertad en la que se transitaría el camino de un “ser en sí” hacia “un ser para sí” en la que el *yo-crítico en proceso* va ganando una existencia propia por encima de cualquier verdad absoluta o normativa (*El ser y la nada*).

Caamaño relata la historia de una subjetividad a través de los diversos personajes que conforman el yo-narrador. La narración comprende su nacimiento e infancia en el pueblo de Tamayo, su traslado a Barahona y luego a Santo Domingo para estudiar, su incorporación a la lucha constitucionalista en 1965, su exilio en Cuba en donde es entrenado durante cinco años, su regreso a Santo Domingo y encarcelamiento por tres años y, por último, su deportación a París. Cada uno de estos acontecimientos corresponde a diferentes estadios que implican una búsqueda identitaria cuya traza metonímica alude muchas veces a la República Dominicana. La praxis política metaforiza el camino de esa búsqueda. En particular la militancia de izquierda resulta el escenario adecuado para ello: “fue mi escuela: construir leyendas, ser siempre otro, desdoblarme en otro personaje. La lucha política, se sabe, es la mejor escuela del histrionismo” (207). La configuración de un “ser para sí”, sin embargo, no se perfila en la trama sino en la trayectoria paralela del *yo-crítico en proceso*. Será en la escritura de la experiencia política fallida donde se consigue urdir una autonomía que no es posible a lo largo de los eventos que se nos narran.

Desde el primer capítulo se anuncia el problema de indefinición de la propia identidad, de una suerte de estado de “ser en sí”: “Hasta mi nombre es conflictivo, incierta mi identidad, mi cultura, mi ser” (16). Esta incertidumbre está asociada a una falta de libertad, de autonomía del propio yo. De allí que narrador declare: “Hasta ahora, la ventura de mi vida —mejor decir desventura— fue guiada por los otros, dejando a mi arbitrio sólo el poder de soportar los designios por otros concebidos” (16). Esta circunstancia atraviesa toda la narración y se expresa a través de la

subordinación a varias figuras de autoridad: la madre, el padre, Trujillo, Caamaño, la dirigencia cubana y Balaguer. La situación individual resulta extrapolada a la del país: “En aquellos tiempos ya lejanos, nadie sabía qué era. Ni el preso ni el oprimido, ni el obrero, ni el burgués, ni el campesino ni el pequeño burgués. El ciudadano no sabía lo que era, el país tampoco sabía si era nación” (52). La búsqueda de la autodeterminación se traduce en las luchas individuales o colectivas contra las hegemonías. El protagonista asumirá consecutivamente los nombres de José Antonio, Alfredo, Ramón y Manuel,⁷ reflejando un proceso de mutaciones tanto físicas como ideológicas que dan cuenta de una subjetividad en proceso. Caamaño también sufre diversas transformaciones tal como nos las muestran las fotografías insertadas en el texto. Resulta un militar del trujillismo, el gran líder constitucionalista, un funcionario diplomático en Londres y también un jefe guerrillero en Cuba.

Sin embargo, el Caamaño medular de la narración no es el “héroe-empírico en proceso” que exponía Duchesne. A diferencia del protagonista,



⁷ Se menciona otra identidad temporal poco relevante y también la confusión de identidad con dos de sus hermanos.

a quien acompañamos durante poco más de tres décadas, aquél ya goza de un capital épico cuando su historia se entronca con la del narrador. El líder que llega a Cuba tiene la suficiente autoridad para organizar y comandar un contingente guerrillero. Es un héroe acabado tras su protagonismo en la Revolución de Abril. Sus mutaciones exhibidas a través del soporte fotográfico del libro no sirven tanto para acompañar y ratificar la narración sobre el personaje sino para explicar los rasgos definitorios del comandante Román, la última y principal identidad de Caamaño antes de morir. Por el contrario, incluso la última identidad del protagonista como exiliado político en París aparece transitoria en la narración. El final abierto alude a un 'yo' en proceso cuya búsqueda no se completa en la trama.

La primera indeterminación identitaria tiene que ver con los dos nombres iniciales del protagonista: José Antonio, el de bautizo, y Manuel, el del registro civil. José Antonio se encuadra en el mundo familiar del espacio rural. Un ámbito embozado por la dictadura trujillista. El narrador enfatiza el carácter campesino del país con menos de tres millones de habitantes en el que se crio. Los líderes y agrupaciones de resistencia contra el régimen, comenta, eran igualmente rurales. De acuerdo a una linealidad teleológica podríamos situar la infancia del protagonista en un espacio que correspondería al orden "natural", premoderno de la nación. En esta altura, el protagonista ni siquiera se diferencia sexualmente. El narrador nos relata la feminización del niño, quien debido a una promesa religiosa de la madre, llevaba una trenza que le valió el apodo de María Moñito. Para peor, sufría de hinchazones en los testículos, sugiriéndose cierta atrofia de su masculinidad, algo que representaba "otra tara que me debilitaba a los ojos viriles de mis hermanos" (23). Esta circunstancia le lleva a concluir que "tanto fue mi confusión que yo mismo, a veces, no sabía si era hombre o mujer" (23). Una lectura lacaniana nos llevaría a identificar tal incertidumbre con una etapa de indiferenciación con la figura de la madre, algo que, de cierta manera, podríamos extender al control absoluto de la dictadura: "No nos dejaban crecer, vagar y amar con la natural inocencia que necesitábamos *para dar cuerpo y consistencia* a nuestras vidas" (cursivas mías 27). La imprecisión sexual o la atrofia testicular aluden a formas de autoridad que "infantilizan", que impiden el

“crecimiento” o la definición del cuerpo del narrador y que son interpretados por éste como la imposición de una voluntad ajena: “así he vivido sin mí para los otros, morigerando quiera que no quiera, mis más genuinas inclinaciones” (23). La imagen de los cabellos de José Antonio resulta particularmente sugerente como campo de batalla por el control de su subjetividad. Inicialmente, la madre le impone los cabellos largos, algo que lo abochorna profundamente. Pero una vez que la razón ordenadora del padre le exige la asunción de su rol masculino—“mi buen padre quiso que yo fuera un hombre pulcro y formal” (23)—proveyéndole dinero mensualmente para visitar al barbero, José Antonio lo percibe como algo insoportable, algo que ve como una forma de castración (23). Al ahondar en el tema nos dice: “No sé si era por vocación a mi antigua moñita, o *por rechazo a la autoridad del barbero*, que con mano hosca me retorció el pescuezo. Lo cierto es que nunca me pelaba y pasaba semanas enteras escondiéndole la cabeza a mi padre” (cursivas mías 24). La resistencia a la intervención externa sobre el propio cuerpo, se plantea como un reclamo por la autodeterminación. La rebelión frente al barbero o al padre alude a una autenticidad del ser: “Desde entonces, conservo el gusto por un ‘afro’ permanente, que a los otros parecerá desaliño, moda retro, pose intelectual o qué se yo, pero que en mí es el signo exterior de la autenticidad irrenunciable” (24). Años más adelante, cuando el comandante Román le impone una misión secreta en la que deberá asumir una nueva identidad, nuestro narrador revive el trauma de perder el cabello. Se le exige convertirse en Ramón Izquierdo, un comerciante adinerado calvo que vuelve a la isla después de varios años de haber vivido en España. El narrador expresa la reticencia involuntaria por asumir esta nueva identidad declarando que no es un impostor, que no le iban los afeites o bien, que sus modos rurales desentonaban con el personaje que debía asumir. La aplicación de maquillaje para ocultar la palidez de la calva anteriormente protegida por el cabello constituye uno de los aspectos más dramáticos del episodio. Una vez que emprende su periplo para llegar hasta Santo Domingo bajo la identidad de Izquierdo, se desencadenan una serie de imprevistos que atentan contra la credibilidad del personaje. No sólo se trata del extravío de la maleta que apoyaba su falsa identidad, sino del

retraso para llegar a la isla. El deterioro del maquillaje y la rebeldía del cabello que pugna por emerger en la calva ficticia hacen que sostener la existencia del comerciante calvo sea una tarea casi suicida. La misión efectivamente fracasa y la impresión que nos trasmite el narrador, es la de haber sufrido una imposición contraria a su verdadero ser. Finalmente, cuando resulta apresado por el régimen de Balaguer, nuevamente sufre el escarnio del barbero: “El mismo día de mi llegada me condujeron a la barbería del penal (...) El barbero me esperó con sus tijeras enmohecidas, las cuales blandió sin detenerse, repetidamente sobre mi cabeza, hasta dejarme sin un solo cabello *erecto y rebelde* (cursivas mías 236). Los episodios sobre el cabello del protagonista revelan la persistencia de las dificultades por alcanzar cierto agenciamiento e individuación. Hay una falta de libertad que se literaliza en el propio cuerpo que debe ser maleado, disciplinado para evitar cualquier asomo de rebeldía. La disyuntiva metafórica entre el afro y la autoridad del barbero atraviesa toda la narración y determina ambigüedades en las que, por un lado se asumen las identidades dominantes y, por el otro, se cuestionan. La primera deviene en obediencia e imitación; la segunda corresponde al *yo-crítico en proceso*. Veamos esto con detenimiento.

Manuel Antonio se muda a Barahona y luego a Santo Domingo buscando huir de la asfixia rural y familiar. Su padre era un funcionario trujillista de poca monta que, a semejanza del dictador, se caracteriza como un patriarca rural con una treintena de hijos. El desplazamiento paulatino de la periferia al centro, de lo rural a lo urbano resulta también un acercamiento hacia el activismo político que tiene lugar en la capital después de la muerte del Trujillo. Coincidentemente, el nombre de Manuel comienza a aparecer de manera muy tímida a través de sus registros como estudiante. Sin embargo, hacia 1963 José Antonio empieza a sufrir una neurastenia que lo lleva; como en un arranque regresivo que bien podríamos identificar con el golpe de Estado contra Juan Bosch, a volver a su pueblo para someterse a los cuidados familiares. No obstante, el alivio de los fuertes dolores de cabeza, la miopía, los espasmos estomacales y el insomnio, no llega por medios familiares sino por su impulsiva incorporación a la Revolución de Abril en la capital. Estos episodios de idas

y vueltas, dan cuenta de una “sucesión de rupturas” que se inicia con la muerte del dictador (1961), prosigue con el derrocamiento de Bosch (1963) y culmina con la Revolución de Abril (1965). El cuerpo pareciera dramatizar los cambios que estaban teniendo lugar en la nación, no sólo a nivel político sino también en su configuración social. La incorporación de José Antonio a la lucha constitucionalista puede leerse como una suerte de “crecimiento”, de búsqueda de una identidad a través de una soberanía popular en defensa del único presidente democráticamente electo de la isla. Recordemos que se trató de una guerra no sólo contra dominicanos trujillistas sino también contra los interventores norteamericanos. Este evento constituye el punto culminante de una épica nacionalista y del ideal de la izquierda por amalgamar la sociedad civil con la dirigencia política. Fue el momento de una identidad integradora dominicana.

Sin embargo, la Revolución de Abril no constituye el núcleo de la novela, como tampoco se trata del episodio central de la vida del protagonista. El mismo Caamaño es ya un héroe acabado cuando aparece en la escena narrativa. Lo que resulta relevante es precisamente la *narración* del movimiento contrario en el que la integración antes aludida nunca volverá a tener lugar en la trama. Después de 1965 asistimos a la paulatina alienación del héroe frente al pueblo y de Manuel Antonio frente a sus seres queridos. La “epicidad cotidiana” de la que hablaba Beverley en relación a lo testimonial se va extraviando: “Nuestras miradas estaban en otras partes: en China, en la Unión Soviética, en los libros de cartilla y el desprecio enfermizo por la gente de cada día” (cursivas mías 46). Sobre el sentido heroico alienador que embarga a los personajes, el narrador reflexiona: “Prisionero de su trascendencia, al hombre se le escapa su cotidianidad, ignorando y despreciando los momentos vividos en pos de un imagen: dios, héroe o sabio” (189). Páginas más adelante, cuando refiera su fugaz paso por Caracas, concluye su apreciación sobre lo heroico: “Quizá desde esa pérdida del placer de estar en esa ciudad, data mi conflicto con la imagen del héroe; prefiero de éste lo que lo ‘desheroíza’” (189). Lo heroico en tanto separación del individuo con el pueblo, marca una interrupción en el proceso identitario tras la derrota constitucionalista: “En esa marcha

regresiva, de repente los luchadores de entonces nos vimos sin la revolución y sin identidad personal” (45).

La persistencia en una definición personal/nacional después de 1965 es el asunto central del testimonio que abarca los años tanto del protagonista como de Caamaño en Cuba. Allí, ambos cambian de identidad, son Alfredo y Román alternativamente. Contrariamente a los *Pasajes de la guerra revolucionaria* se trata de un relato desprovisto de acción bélica. Supone una suerte de narrativa de aprendizaje hacia el “guerrillero ejemplar”. Alfredo tendrá que pasar por duras pruebas para hacerse merecedor de la confianza de las autoridades cubanas y del mismo Caamaño. Paradójicamente, sin embargo, no parece tratarse de un crecimiento en términos de autonomía, sino por el contrario, de un proceso de elisión de su propia subjetividad en aras de alcanzar el mayor grado posible de obediencia. En esta altura de la historia comienzan a surgir ciertas tensiones reveladoras entre el *yo-crítico en proceso* y la sumisión del protagonista. Algo que marca un posible quiebre diferenciador entre el yo-narrador y el yo-personaje, ajeno al género testimonial canónico. Me interesa leer esa tensión narrativa como la pugna entre una identidad emancipatoria e integradora que se desea y la tendencia interruptora y alienadora de una obediencia que marca el fracaso guerrillero.

Durante los años en Cuba, la vida del protagonista se nos muestra como absolutamente controlada por los funcionarios cubanos y por Caamaño. Es un período de preparación militar e ideológica en la que primero deberá ganarse la confianza de aquél para luego poder integrarse al grupo que desembarcaría en la República Dominicana. Se trata de un proceso de “desindividualización” por llamarlo de alguna manera, que buscaba la asunción de una conciencia colectiva negadora de la subjetividad burguesa. Algo que parece cumplirse durante su estadía en Somarriba, cuando se le impone una “rehabilitación” en la que convive con campesinos de la granja. En términos generales, sin embargo, tal “desindividualización” no parece producir una subjetividad empoderadora, sino que por el contrario, redundando en la aniquilación de cualquier autonomía; un fenómeno que replica no sólo lo que sucedía bajo régimen de Trujillo sino también en el de Balaguer que se buscaba combatir. Al

ahora Alfredo Valdez, de nacionalidad venezolana, se le castiga duramente por un único acto de desobediencia: el haberse solidarizado con otros compañeros sancionados por rebelarse contra la autoridad de Caamaño. Tal atrevimiento le vale su traslado a la Cárcel del Castillo en La Habana y luego su estancia en Somarriba a manera de rehabilitación. Sobre su reclusión carcelaria, reflexiona: “Lo más penoso en las cárceles de los países socialistas es el silencio. No poder gritar su privación de libertad y encontrar eco en la opinión pública. Ahí todos los canales de comunicación y divulgación se ahogan en las celdas oscuras y en los pasillos desiertos” (87). Y sobre una huelga de hambre que emprende por las condiciones vejatorias de la cárcel agrega:

Era una decisión muy riesgosa por el hecho de que, precisamente, estábamos luchando contra una enorme maquinaria represiva, compacta y consciente ideológicamente. Luego de mis prisiones en República Dominicana y en Cuba, he podido sacar esta conclusión: un preso en un país capitalista tiene más esperanza de vida y de mejor trato que su homólogo en cualquier país socialista de los que existieron y de los que aún existen. (89-90)

El silencio, la privación de libertad y el aislamiento son tópicos recurrentes. Los mismos aluden a la tendencia desintegradora que tensiona la narración y que impide el arribo a un “ser para sí”, a la autenticidad que reclamaba el narrador en la necesidad de conservar su afro. La alienación constante alude a un movimiento mimético, inauténtico o impositivo. Para el narrador, el verticalismo define la práctica política ya sea que se trate del balaguerismo o de la insurgencia guerrillera: “La concepción autoritaria de la política impedía el diálogo (...): había que estar con Caamaño o contra él” (77). Este aspecto se revela no sólo en la subordinación al líder constitucionalista sino también en la que éste y demás dominicanos exiliados asumen frente a las autoridades cubanas a lo largo del relato. A través del abastecimiento de infraestructura y de un modelo nacional y de lucha insurgente, los cubanos dictan las reglas de conducta de los dominicanos, imponen las líneas de acción, diseñan la formación ideológica y dictaminan los tiempos de las operaciones. Esto conlleva a una sujeción dominicana del modelo cubano que les hace perder de vista las condiciones reales de la situación quisqueyana para emprender el desembarco guerrillero. El narrador confiesa que la Cuba de Batista era equiparada a la

República Dominicana de Balaguer y que la “distorsión” histórica de los “elegidos” del Gramma quiso ser replicada en el desembarco de Caamaño (129). Desde luego, se trata de una imitación no exenta de resistencias en el relato. El propio Caamaño habría formulado una “concepción sui generis de la guerra de guerrillas” (129); sin embargo no fue la que terminó poniendo en práctica al momento de arribar a Playa Caracoles con solo ocho hombres, perdiendo la vida. Tras desgastantes años de espera por la autorización de las autoridades cubanas, el narrador concluye: “Román no era foquista (...) Sólo la desesperación y su amor propio explican ese acto de inmolación en Playa Caracoles” (129).

Para el narrador, la dependencia dominicana de los cubanos, no sólo aisló a los guerrilleros de su propio contexto político y social sino que también les hizo perder de vista el contexto cubano en el que se encontraban. Tanto la muerte del Che en Bolivia apenas dos semanas antes del arribo de Caamaño a Cuba, como el fracaso de la zafra de los diez millones en 1970, dictaron un cambio en la política de la isla, otrora entusiasta y sostenedora de los movimientos insurgentes latinoamericanos. Sin embargo, en el relato testimonial, se nos dice que el líder constitucionalista no llegó a percibir esta mudanza, persistiendo en la espera del apoyo cubano para su acción militar. Su aislamiento y la aceptación de las autoridades de la isla terminaría por producir “una ficción guerrillera” (115), expresión con la que el narrador parece apuntar nuevamente a un problema de autenticidad. Con el transcurrir de los meses y años, él y sus hombres acabarían viviendo en una heteropía desoladora en la que “la fatiga agobiaba a la gente” y sufrían una “rutina insignificante e inaguantable” (151). La falta de sentido, la futilidad, la falsedad, y el desencanto que embarga a los hombres de Caamaño parece radicar en una ficción alienadora. Pero, para el narrador, “la ficción guerrillera” no sólo se produce por la imitación del modelo cubano. Las relaciones de subordinación y verticalidad tendrían también su origen en la formación militar de Caamaño. A pesar de las transformaciones que nos muestran sus fotografías, la visión fundamental del narrador hacia Caamaño es siempre la de un militar. Esta mirada se patentiza, por ejemplo, en la premisa de que al llegar a Santo Domingo darían la impresión de ser parte del ejército

sin problemas. Igualmente, Caamaño intenta instituir “relaciones formales de respeto entre superiores y subalternos” propias de la academia militar (125). Algo que tuvo que suprimir debido al malestar que despertó en sus hombres. De acuerdo con el narrador, una de las consecuencias más graves de esta concepción jerarquizadora de la lucha fue la trágica incomunicación de Caamaño y sus hombres con el resto de los grupos de izquierda; jóvenes con los que no logró articular alianzas estratégicas. La imposibilidad de una lucha concertada con Amaury Germán Aristy y sus “comandos de la resistencia” constituiría la expresión más trágica de esta concepción de lucha.

La contradicción entre la búsqueda de una emancipación dominicana y una identidad regresiva hacia modelos verticales y autoritarios también se conjuga en la propia voz narradora. En ella se testimonia la tensión entre el *yo-crítico en proceso* y la subjetividad de su propio personaje. Tal tensión se muestra en la visión de Román:

Entonces, Román me parecía hermoso. Había algo en él que reflejaba la imagen del apóstol o del liberador. Son imágenes míticas con las que uno simpatiza. Esa imagen se la daban a Román, sobre todo, las barbas; las barbas cuidadosamente recortadas que le alargaban la cara, le cubrían los pómulos aún un poco hinchados, sus labios un poco gruesos.

Esas barbas me recordaban las de El Che, las de Camilo, las de Fidel. Y la hermosura de Román descansaba, precisamente, en ese parecido que él conscientemente, había cultivado. (118)

La narración acude a un discurso hagiográfico. La imitación de los cubanos por parte de Caamaño, seduce a Alfredo. A través de ella el protagonista confirma y asume el modelo hegemónico revolucionario. Sin embargo, en otros momentos, el narrador establece una distancia crítica que revelaría una cierta libertad de conciencia: “Para Caamaño, el mando era no negociable ni compartible. Exigía obediencia absoluta y estricta soberanía en la toma de decisiones: pero los excatorcistas, como todos nosotros, militantes de los partidos de izquierda, estaban acostumbrados a opinar, disentir y dividir” (82). Igualmente, a veces se sugieren rasgos autoritarios, impulsivos o de cierta prepotencia en el líder constitucionalista. La contradicción entre una visión de Caamaño mítica y otra más humanizada apunta a una necesidad ética en el proceso de *narración* del testimonio: el de una voluntad crítica que al mismo tiempo sostenga el ideal utópico.

Ambos aspectos conducen a la tensión aludida. De allí que, aunque se reconozca el carácter autoritario de Caamaño en frases como “La imagen de militante avezado, polémico, con ideas y proyectos propios no convenía a Caamaño” (70); varias veces se emiten descalificaciones contra aquellos que de alguna u otra manera se le rebelan, tildándolos de individualistas, faltos de ideología o de visión política. Los jóvenes militantes de izquierda son alternativamente enaltecidos y criticados: “Es cierto, Caamaño era autoritario y en sus planes demandaba la adhesión incondicional; pero el CD, con sus posiciones legalistas, se puso al margen del acontecimiento heroico liberador que Caamaño gestaba y representaba” (71). Esta última cita, en la que resulta patente cierto mesianismo, choca con otra frase dos páginas más adelante acerca de los grupos que no quisieron plegarse a Caamaño: “Sin embargo, es forzoso admitir que, históricamente y a posteriori, después del fracaso militar de la empresa de Caamaño en el desembarco de Caracoles, las fuerzas que se opusieron a su proyecto tuvieron razón” (72-73).

Las mismas contradicciones en la voz narradora aparecen cuando se describe a los disidentes del régimen cubano: “Algunos, entre ellos un gordo llamado Ismael, llevaba más de dos años esperando la visa norteamericana para la realización de sus sueños. *Ismael era el prototipo del glotón servil, voluptuoso y capaz de rendirse ante la prepotencia de una mesa de comida* (cursivas mías 99)”. Inmediatamente agrega en una suerte de contra-argumentación bastante ambigua: “De todas maneras, esos “gusanos” tenían todo su derecho de salir de Cuba. El contacto con ellos en Somarriba, *la misma naturaleza blanda, corrupta de ellos*, permitieron aflorar en mí el asunto que desde entonces tengo sin comprender y no comparto: ¿por qué los países socialistas asimilaron como una norma del socialismo, la supresión de la libertad de viajar? (cursivas mías 99). El narrador cuestiona la falta de libertad impuesta por el gobierno al mismo tiempo que se hace eco de los mismos juicios de valor que justifican la pérdida de libertad de los disidentes. Esta constante tensión entre la libertad crítica propia de la *narración* del testimonio y, un impulso verticalista y autoritario alcanza su paroxismo cuando debe

referirse a sí mismo. El narrador entonces, oscila entre una necesidad de denunciar la absoluta sumisión de Alfredo y la de justificarlo:

Confieso que soy cándido, pero mi opción por la vida estaba ligada a transformaciones sociales cuya realización yo comprobaba en Cuba. Por eso, sin aceptar la represión, el ultraje, la injusticia de que éramos víctimas, siempre esperé el momento de la reconciliación. Mi decisión de quedarme en Somarriba, contrariamente a los otros, no fue un acto de sumisión o resignación, sino un reto a la intolerancia y la incompreensión. (95)

En realidad hay muy pocos hechos en la narración que muestren una resistencia contra la represión, el ultraje o la injusticia vivida mientras el protagonista estuvo en Cuba, a no ser el episodio de solidaridad ya mencionado. De hecho, cuando le toca asumir el papel de victimario frente a unos guerrilleros indisciplinados, comenta que accede a cabalidad tal y como a él mismo le había acontecido tiempo atrás a manos de otros victimarios. Su obediencia es justificada como la de un voluntarismo que no abandona una causa común a pesar de los escollos y, reclama una autonomía resultante de la aceptación del castigo. En el fondo, Alfredo parece asumir la lógica de la “rehabilitación” en Somarriba como una prueba de su fortaleza ideológica, una fortaleza necesaria para reunirse con el gran líder que para él era Caamaño. En efecto, dicha rehabilitación resulta eficiente ya que de allí en adelante no nos relata ningún atisbo de discordancia. Por eso, cuando Román le ordena entrar a la República Dominicana bajo condiciones sumamente precarias, él acepta sin chistar. Sólo el *yo-crítico en proceso* se atreve a mostrar cierta aprensión sobre los porqués de los funcionarios cubanos de exponerlo a una situación tan riesgosa. Entre la sumisión del personaje y la suspicacia del narrador adivinamos la tensión entre la falta de libertad y el reclamo de una soberanía.

Resulta revelador que al enterarse del asesinato de Caamaño en 1973, estando en una cárcel dominicana, el narrador exprese una suerte de mutilación y liberación simultánea: “El fracaso de la guerrilla de Playa Caracoles me había liberado de mi compromiso con Caamaño y de todos mis compromisos políticos. Eso me tenía desconcertado y como mutilado” (247). Este acontecimiento metaforiza la ruptura del cordón umbilical con Caamaño. Viene a ser como el fin de una transición hacia la adultez que se

había iniciado desde su vuelta encubierta a la República Dominicana. Una vez descubierto, se vio obligado a reconocerse como Manuel Matos Moquete, ya no como José Antonio, Alfredo, Ramón Izquierdo y ni siquiera como su propio hermano Plinio con el que llegaron a confundirlo. Sobre su nueva situación nos dice: “yo era en ese momento, un prisionero que había quedado hasta sin leyenda, sin personaje en qué escudarme. Y lo necesitaba. Era Manuel Matos Moquete, alias José Antonio, y qué. Quién era yo, qué hacía en el extranjero, que había venido a hacer en el país, disfrazado de Ramón Izquierdo” (206). Desde Manuel Matos Moquete intentará inventar otra historia, sin embargo, es claro que la nueva identidad tiene mucho más que ver con el personaje “real” ya sin el abrigo de ninguna autoridad. Con la emergencia de Manuel Matos Moquete en la vida pública dominicana luego de su apresamiento, parece comenzar a ganar mayor autonomía. La sumisión en Cuba se revierte en una infinita paciencia estratégica que le ayuda a no desesperar durante años de reclusión en los que a veces no se le permitía ni siquiera leer, escribir o estar acompañado.

La cárcel supone un espacio sobre el que el narrador nos dice recordar muy poco y, sin embargo, es allí donde se inicia un proceso narrativo—ya que comienza a escribir poemas, un cuento y hasta un esquema de novela—que parece culminar con este testimonio. Como si la cárcel refiriese simultáneamente a lo reprimido y a su condición catártica. En ella lo vivido comienza a devenir en experiencia, en *narración*, en una apertura de conciencia hacia el propio ser. Allí, el protagonista ausente en la fotografía de la portada del libro, inicia su acto de presencia. Al salir de la cárcel Matos Moquete tiene 31 años. Cierra una etapa de su vida y abre otra como deportado político. Se trata de un final abierto que insinúa la continuación de la búsqueda de una identidad propia. Como en la vida personal, la nacional continúa irresuelta pero; si en la trama se aludía a la ausencia de un modelo nacional o individual propio, esta narración testimonial constituye precisamente un intento por subsanar ese vacío. Ya no épico, lo nacional se articula desde una conciencia empoderadora del fracaso. De este modo, asistimos a una subjetividad en proceso que reformula el género testimonial, logrando conservar el impulso utópico por

el que abogaba Beverley (2011) conjuntamente con la conciencia crítica del “ser para sí”. Ya no un guerrillero épico pero tampoco “arrepentido”, la voz narradora sugiere nuevas formas estratégicas de reactualizar una memoria de la militancia armada.

Obras citadas

- Beverley, John. “Repensando la lucha armada en América Latina”. *Sociohistórica* 28 (2011): 163-177.
- . “Anatomía del testimonio”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XIII, 25 (1987): 7-16.
- Duchesne, Juan. “III. Las narraciones guerrilleras: configuración de un sujeto épico de nuevo tipo”. *Narraciones de testimonio en América Latina. Cinco estudios*. Río Piedras; Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1992. 81-152.
- Matos Moquete, Manuel. *Caamaño. La última esperanza armada*. Santo Domingo: Publicaciones Matos Moquete, 2005.
- López, Magdalena. “Entrevista a Manuel Matos Moquete”. Santo Domingo, 28 de enero de 2010. Inédita.
- Núñez, Manuel. *El ocaso de la nación dominicana*. Santo Domingo: Editorial Letra Gráfica, 2001.
- Ricoeur, Paul. *Oneself of Another*. Chicago: Chicago University Press, 1992.
- . *Time and Narrative*, vol 3. Chicago: Chicago University Press, 1988.
- Sartre, Jean Paul. *El ser y la nada: ensayo de ontología y fenomenología*. 17 de febrero 2011. 10 de junio de 2013. http://www.bsolot.info/wp-content/uploads/2011/02/Sartre_Jean_Paul-El_ser_y_la_nada.pdf